



Mon Parnasse. Un jardín secreto // Cea Bermudez 66, Madrid // Doctor Arce 32, Madrid // 2021 // Canobardín // Fotografía: Imagen Subliminal // Colaboradores: María Barreu Arnal, Itsaso Fernández y Carpintería Laimar

Un nuevo concepto de floristerías en el que las flores están al alcance de todos y hace que ya no tengamos excusa para no comprarlas.

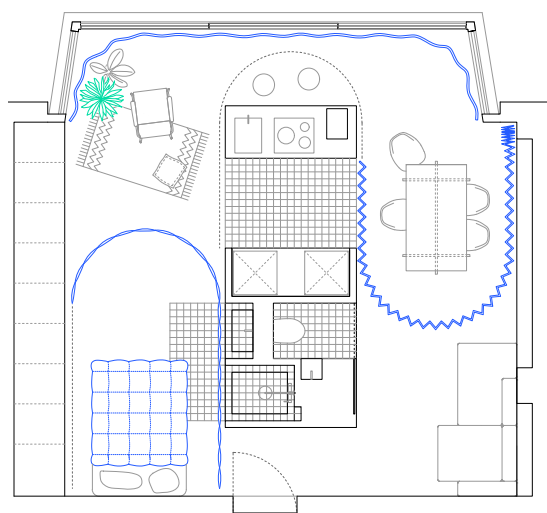
Un mercado de flores al exterior: un jardín vertical de flores en el que el cliente pasa y fácilmente coge las flores. Un muestrario en el que el mueble desaparece para dar todo el protagonismo a las flores y a las plantas. El acabado de la fachada, un marco de contrachapado de pino pintado componiendo una fachada al estilo parisino. Para proteger y dar cobijo a ese paseo, un largo toldo vertical.

Jardines secretos al interior: inspirados por el jardín francés y sus bases compositivas: efectos ópticos, perspectivas, naturaleza geometrizada y creación de escenografías.

Se crea una gran línea horizontal divisoria que marca el cielo con una gran composición de vinilo de cielo en techo y de tela translúcida en paredes.

El jardín, con una planta geométrica, está formado por una composición de módulos fabricados en compacto fenólico y que agujereados se convierten en los setos del jardín. En ellos una suerte de baldas, barras, y soportes de macetas se cuelgan y apoyan para disponer de modo versátil y flexible macetas, jarrones, plantas... Todo ello pensado para que este jardín pueda transformarse, al igual que ocurre en la naturaleza, que dinámica, que varía según la temporada, la estación... crece, evoluciona, y siempre está en movimiento.

La iluminación es toda indirecta a través de canaletas de led cálido y muebles retroiluminados. Se obtiene así una sensación de luz ambiente como si de un exterior se tratara. Al final de este jardín, el gran golpe de efecto, un gran espejo de suelo a techo que duplica el espacio.



JM55 // Joan Maragall, Madrid // 2020 // BURR // Fotografía: Maru Serrano // Colaboradores: Rubén Gómez //

El edificio de viviendas construido en los años 70 en la calle Joan Maragall de Madrid, replicó el paradigma de distribución de la época, consiguiendo encajar dos dormitorios, un baño completo, un salón y una cocina en 40m². Las habitaciones independientes cumplían estrictamente los mínimos funcionales necesarios, reduciendo el tamaño potencial de cada una de las estancias. La transformación propuesta se opone radicalmente a este principio, desmantelando las divisiones entre los espacios y disolviendo los límites de los usos asociados a cada uno de ellos. Un núcleo central integra todas las instalaciones de la casa, siendo el aseo el único elemento que puede ser aislado completamente.

El resto de materiales, usos y habitaciones se combinan y contaminan entre sí, de modo que los inquilinos duermen en el baño o se duchan en el salón. Un azulejo blanco brillo marca simbólicamente los usos húmedos que están presentes en toda la vivienda, revistiendo completamente la pieza central y los suelos cercanos a ésta. Como estrategia opuesta, unos raíles incorporados en los techos dibujan un espacio totalmente diferente.

Un proyecto textil de estancias temporales que encierran usos complementarios o que requieren de un grado mayor de intimidad o aislamiento. De esta forma se puede generar una cápsula de estudio, independizar un dormitorio o esconder la cocina. Materialmente las cortinas que delimitan estos espacios responden a los usos que proponen cobijar, de manera que el dormitorio se envuelve en una cortina confeccionada con edredones, mientras que el estudio puede aislarse mediante a una cortina de fieltro plegado.

